

En la mesa *Tití* probó de todo: la sopa de *curundas*, el *manchamantel*, los *frijoles chinos*, pero lo que más le gustó fue el melado caliente, con un buen trozo de requesón y oliendo a caña cocida. Mi sobrino se desesperaba por pedir más de aquel plato tan rico, pero lo detenía el temor de un regaño. De pronto encontró la solución del problema: extrajo de su bolsillo los dos únicos centavos que formaban su *stok* monetario, y, ofreciéndolos al dueño de la casa, le dijo:

—Véndame usted dos centavos de este caldo tan espeso y tan sucio. Palabra de honor que me ha gustado.

Después de la comida llegó el mayordomo de la hacienda y comunicó a sus amos que en el corral había muerto una vaca *La Amapola*. Tan caritativa, tan buena y de ideas tan comunes era la finada, que dejábase ordeñar por los muchachos de la calle, en cualquier sitio, regresando siempre a su casa con las ubres vacías. Era en su género una santa..., una santa con cuernos.

—Llévame a ver el animal muerto—, me pidió mi sobrino tirándome con premura de la chaqueta. Yo accedí, y juntos nos acercamos al sitio del establo en donde algunos peones destazaban la res, pero a primera vista pude percatarme de que la vaca, en una preñez muy avanzada, escondía en el vientre un becerrito.

—No te acerques más, porque te llenas de sangre —dije a mi sobrino, retirándolo de aquel curso de obstetricia al aire libre.

—¡Con razón se murió la vaca, tío, si se tragó un becerro entero!

Salió *Tití* de Tacámbaro para reunirse a sus hermanitos y con tan poca fortuna que, al pasar otra vez por Llano Grande, una partida de ladrones tiroteó y puso en fuga a las personas con quienes viajaba.

Llegaron todos a Pátzcuaro, enfermos de miedo y quejándose del asalto. Solamente *Tití*, con su claro optimismo y su profunda filosofía, mostróse inalterable.

—Prefiero los balazos a los granizos —comentaba—. Balazos, ninguno me tocó; en cambio todos los granizos me pegaron.

UNA "TOSCA" RURAL

Remigia la viuda del sargento López, entró en mi tienda y golpeando con los centavos sobre la lámina del mostrador, pidióme un carrete de hilo del 60.

—Desde que te acompañé a lo de tu marido, cuando estuve en capilla, no te he vuelto a ver.

—No salgo nunca, señor. Estoy cuidando a los chicos; pero *hora* que lo miro me aprovecho *pa* decirle que le agradezco lo que hizo por mí Juan.

—Yo no pude hacer nada por él, tú lo sabes. El general se encaprichó.

—Sí, pero *usté fue güeno* con esta *probe* y Dios se lo pagará.

—Gracias, Remigia. Y dime, ¿es verdad que tú engañaste al sargento, haciéndole creer que no lo fusilarían y que si lo llevaban al panteón y le formaban cuadro era sólo por darle un susto?

La mujer bajó los ojos y sus labios temblaron imperceptiblemente.

—¿Qué te movió a mentirle de esa manera?

—*Usté* no lo tomará a mal, ¿verdad?

—No, mujer; yo siempre he pensado que lo hiciste con buen fin.

—¡Y tanto! A mi hombre, después que mató al teniente, se le pasó la *briaga* y se aflojó todito. "Vieja, por la *desceplina* me *ajusilarán*", decía, y lloraba como un chamaco.

Con *usté* juimos a ver al general pa pedirle el *endulto*, y al maldecido ni le ablandaron ruegos, ni se le *amovió* el corazón con mis lloros. *Trujimos* a mis inocentes criaturas y ni tan *siquiera* las *vido*.

"Entonces, me *añublé* de rabia y no tuve más que un pensamiento: ¡que Juanito muera cabal, que no digan que al último *jue collón* y que no sufra, Santo Señor de Carácuaro! Corrí a la cárcel y le *eché* mentira, pero él no me lo *creía*. Me miraba de *sorpresa* a los ojos hasta que, viéndome tan en paz, él se *jue tranquilizando*.

"—Mira, viejo; el señor de «La Fama» le dio ajuste a todo. Pero no te *achicopales* que nomás te *quieren* sacar tu susto.

"Vendí una cobija y le *acarrié* su cena, *zóricua*, *carnitas* y una garapiña de en *ca* don Nazario. Hasta se puso celoso, mirándome tan sosegada y me dijo con tamaña jeta: «De *ónde sacates los fierros?*»

"—Se los pedí a mi comadre Merenciana, que se quedó en el catre con los muchachos.

"Amaneció y por *juerita* de la cárcel formaron la escolta. Yo estuve allí pa que Juanito, al salir, me *devisara* y se sintiera con alientos. Los soldados querían echarme, pero yo, en cuanto pude, me le acerqué y le dije:

"—El general *golvió* a ofrecer; no tengas miedo.

"Unas *cuantitas* gentes en la calle nos *devisaron* con lástima; cuando pasamos por El Marinero estaban tocando la guitarra, pero un *briago* los calló y a mí me *atajó* en la banqueta y me hizo *empinarme* un buen vaso de aguardiente.

"Llegamos al camposanto; Juanito, al pisar la puerta, se quitó el sombrero. Estaba como un paño de blanco, pero muy tranquilo. Yo me encaramé sobre un montón de tierra y *vide* cómo lo arrimaron junto a la *pader* y cómo él *golvió* la cabeza pa no perderme de vista.

"¡Casi me desmayé de congoja cuando formaron el cuadro y el capitán sacó la espada!... Le juro, por mi mamacita, que con las uñas me eché *juera* la sangre de las manos. Entonces Juanito comenzó a buscar algo con los ojos, *quién* sabe si a *usté*, o al general, cavilando que aquello ya era mucho pa un susto. *Golvió* la cara y me *vido* otra vez. ¡Virgen de Guadalupe, cómo le habían cambiado las *faiciones*, lo *mesmo* que si ya estuviera muerto!

"Tronaron los tiros y yo no supe más. Dicen que di el *zatazo* y que María, la del hospital, me *alevantó* del suelo y me llevó a su casa, y que estuve *trascuerda*, y que sólo por ella vivo..."

Remigia se dejó caer sobre unos tercios de frijol, rechazando, pálida y temblorosa, el vaso de anisete que yo le ofrecía.

—¡Eres una mujer valiente!

—¡*Quién* sabe, señor! ¡De seguro que Dios me va a castigar, porque dejé que Juanito se *juera* sin *confesión*; pero si está en el infierno, *pos* yo gustosa me iré con él pa ayudarlo a sufrir y darle ánimos, como aquí, en la tierra!

¿Amor? Amor. ¡Amor!

MARIA, LA DEL HOSPITAL

¡Si yo pudiera trocar en cincel mi pensamiento y mi ferviente admiración por ella en un bloque del más fino mármol con cuánto ahínco labraría su estatua enclavándola después en la cima de La Mesa para que por los siglos de los siglos fuera vista y reverenciada!

Yo la modelaría sin desnudeces griegas, ni túnicas romanas, sin el alto coturno de los dioses: con su rebozo de bolita, sus zapatos de dos orejas y su vestido de negro percal, como en luto perpetuo por todos los muertos. El rostro atezado y enjuto diría, bajo la máscara de piedra: "Soy una india

mexicana; mirad mis pómulos salientes, mis pequeños ojos oblicuos, el rictus de amargura de mi boca, tan poco diestra en el hablar, y mis trenzas lacias y endrinas, como las alas del cuervo." Y al pie de la estatua, rasguñando sobre el granito, su nombre nada más: "María, la del hospital."

He aquí su historia, sencilla y humana cual ella misma: moza entró a servir al hospital como una humilde criada. Allí gastó su juventud cuidando enfermos, robó las noches a Morfeo para velar difuntos y, sin otro recurso, aprendió cirugía y disección. ¡Cuántos y duros réspices tuvo que soportar la pobre doméstica porque sus manos temblaron, asustadas, al ofrecer al médico las hilas o las vendas, allá en los tiempos remotos en que operaba don Félix Cantalicio Ortega, usando por todo anestésico el chorro inagotable de sus mentiras!

—Yo he visto cómo se hacen los milagros —decía el embustero doctor al enfermo ululante, mientras le arrancaba la mecha de la herida: un niño se tragó una peseta, fueron inútiles los vomitivos y purgantes; la madre, ya desesperada, nos encomendó el caso al señor de Carácuaro y a mí; yo tuve que llevar a cabo una meticulosa operación, con tan feliz éxito, que, al extraer la moneda del estómago del muchacho, pude comprobar, lleno de asombro, que acaso los jugos gástricos y, sin duda alguna la fe de la madre, habían realizado un estupendo prodigio: la peseta adquirió la forma de una cruz con la imagen del Cristo de Carácuaro. Todavía la uso en la leontina en calidad de dije.

Oyéndolo disparatar, María aprendió a reír, y con los años fue perdiendo el miedo a la sangre y al dolor físico.

Vino después una época en la que el Gobierno, generoso y magnánimo como siempre, suspendió al hospital toda ayuda económica. Los médicos se alejaron de él presurosos, pero María, como un ejemplo de inagotable abnegación, siguió en el establecimiento, amparando, única y sola, a los asilados. Desde entonces ella lo hace todo: cocina, lava las ropas, opera quirúrgicamente y pide limosna vergonzosa y tímida, cuando no tiene pan que dar a sus enfermos.

No ha habido aún destacamento en el pueblo cuyos solda-

dos no la llamen madre y todos deberíamos decirle Santa.

¡Santa María del hospital, intercede por nos! Amén.

APODOS

Yo guardo un pequeño resentimiento contra María, la del hospital, porque, ella, inocentemente, nos acomodó a mi hermano y a mí sendos apodos. A mi hermano, por gordo, colorado y hocicón, le puso *El Puerco sin cola*, y a mí, por voz de sonoro balido o por mis rasgos fisonómicos, *El Becerro*.

Pocas son las personas que escapan en el pueblo a un mote adecuado, y el autor de casi todos es un amigo simpático y lenguaraz, a quien se confirió el apodo de *El Obispo*, justamente por su afición a las confirmaciones. Es, además, discípulo de Daguerre, según lo asienta en su papel de cartas:

*Correspondencia particular
de José Ramos Velarde.
Fotógrafo amplificador a prueba
de agua.*

Charlar con su Ilustrísima es un amable entretenimiento, porque sabe la vida de todos y la glosa como los predicadores el Evangelio.

Los apodos se basan, ya en un detalle histórico, ya en un defecto físico o en algo que pinte el carácter de las personas. Hay remoquetes hereditarios, como el de *La Serrucha*, que primero lo llevó el hermano mayor, a quien ahorcaron en un árbol que está frente al curato, con la fatal coincidencia de que él mismo, de niño lo sembró. Otros alias son de familia, como *Los Uchepos*, *Las Requintas*, *Los Tabiques*, y algunos de éstos están condenados a desaparecer, como el de *Blanca Nieve y los Siete Enanos*, al descabarse la familia. Blanca Nieve es una señora de color bastante moreno; su marido y sus seis hijos forman el grupo de *los Siete Enanos*, de los cuales el más espigadito no pasa de medir seis cuartas.

Hay motes que no se explican por sí solos si no es por cierto carácter onomatopéyico o descriptivo que sin duda los inspiró, como *El Marramaquís*, *Chirivas*, *El Cuirilis*, *El Chandé*, *Churrias* y otros, cuyas historias prolijas encontráranse acaso en los primitivos códices del pueblo.

Todos conocemos por *El Buey Suelto* a un señor muy respetable, a quien engaña su mujer.

A un comerciante que mueve los brazos al andar, con el ritmo cadencioso de unos remos, apodan *Sobre las Olas*; a otro, por la misma causa, *El Bullón*, y a un muchacho que tiene nube en un ojo y que camina con la cabeza en alto, escrutando incessantemente el firmamento, le llaman *El Astrónomo*.

El Santo Pecador es un individuo que se vive en la iglesia y se sopla todas las ceremonias del culto, desde la misa primera hasta la Hora Santa, en compañía de su coima, a quien exige el fiel cumplimiento de ayunos y abstenciones en todas las fiestas de guardar.

San Onofre es un escribientillo del tres al cuatro que casó con la hija de un rico.

—Pero, ¿por que le han puesto así? —preguntaba yo muy intrigado.

—Porque, como el santo anacoreta, tiene un cuervo que le baja el pan.

Y, por una lógica asociación a su padre político le dicen *El Cuervo de San Onofre*.

A una mujer del barrio de El Marinero la llaman *Marsella* por ser puerto de gran calado y de activísimo comercio, y a Joaquinito, el sastre, *Mesalina* o ¡*Válgame Dios!*

Por *La Cuajada* conocemos a un viejo carlancón que padece diarrea y que cuando le preguntan cómo sigue de males, contesta desconsoladamente: "¡Esto no cuaja!"

Hay algunos apodos de origen más lato, como *El Colorín*,

El Intérprete, *El Pintojo*, etcétera.

Una vez entró al templo un pobre tonto cuando trabajaban allí algunos carpinteros, cuyos cepillos despedían virutas — que, a la luz descompuesta de los ventanales, semejaban serpentinatas de vivos y variados colores. El tonto quedóse admirado, y extendiendo en el suelo su sarape, lo colmó de la viruta que le pareció más hermosa: verde, azul, anaranjada. Lisató ya el *tambacho*, salió corriendo con él para llevar a sitio seguro tan espléndido tesoro, pero fuera del templo los preciosos ricitos de madera adquirían su color natural, y el tonto, al verlos exclamaba desesperado: "¡No tiene colorín!" Desde entonces *El Colorín* apodan a este pobre iluso.

Patrocinada por mi hermano vino al pueblo una compañía de ópera y para debutar anunció *La Bohemia*. Se alborotaron todos los vecinos y desde hora bien temprana enviaron sus sillas al teatro, que nunca se vio tan concurrido como aquella noche.

Don Pancho, un rico propietario, sentóse junto a mí a la hora de la representación, y durante el primer acto no hizo más que interrogarme sobre las escenas de la ópera:

—¿Qué dicen, qué dicen?

—Mimí viene a pedir luz a Rodolfo, pero no hable usted tan alto, porque nos van a sisear.

Pasó el primer acto y al comenzar el segundo descubrí a mi vecino, el rico terrateniente, sentado entre los músicos de la orquesta.

—Pero, don Pancho, ¿por qué cambió usted de asiento? —le pregunté después de la función.

—Porque en donde estábamos no entendía una palabra y me acerqué un poquito para ver si les *interpretaba* el canto.

Su frase le valió el apodo y ahora hasta los perros lo conocen por don Pancho, *El Intérprete*.

Un equívoco lleno de gracia dio origen al mote de *El Pintojo*, quien antes vivía en Tierra Caliente, y con la protección de un hermano rico pudo trasladarse a Tacámbaro para establecer un pequeño comercio. El hombre vino a este lugar acompañado de una *pinta* tierracalienteña con quien, muy de ocultis, sostenía relaciones carnales.

Pocos días después de establecido llegó su hermano y protector a saludarlo y saber cómo le iba en su nuevo negocio:

—¿Qué tal *pinta*, hermano?

—¡Ay, hermano, más puta que las gallinas! —contestó rápidamente, creyendo que le preguntaba por la mujer con quien vivía.

Divulgóse el casual epigrama y el catecúmeno fue desde luego bautizado.

Olvidaba en el tintero a mi amigo *El Perico de Demóstenes* o *El Fonógrafo*, que por ambos apodos es conocido en el pueblo. Se trata de un discípulo de Justiniano de tan mala fortuna que jamás ganó un pleito, salvo aquel que transaron los mismos contendientes a la puerta del juzgado y que él llamó *simple litigio de ganadería*, porque se trataba de dos toritos de petate que riñeron en un carnaval.

Le dicen *El Perico de Demóstenes* por su afición a la oratoria, y vaya de muestra un párrafo altisonante del discurso que pronunció cuando vino a la visita pastoral el señor Obispo:

"Yo soy retrógrado, lo confieso. No encuentro en el avance de las ciencias nada que pueda superar a lo que ya existió. Moisés ganaba batallas sin obuses y sin cañones, con sólo levantar los brazos al cielo; Elías viajaba por los aires sin necesitar de avión, y Satanás enseñó a Jesús, sin moverlo de una montaña, la maravillosa película del mundo entero. Maldigo el teléfono y, si habito en Tacámbaro, es porque aquí nos hemos librado de este novísimo invento. Nada más inoportuno que una llamada a la hora del tranquilo yantar: nada más molesto que una campanita que nos repica en

los oídos a la medianoche e interrumpe nuestro sueño reparador. ¿Y el automóvil? El automóvil es la ruina de las industrias nacionales, el verdugo de nuestra incipiente agricultura. Ya no es costeable la fabricación de guarniciones para coches, ni de herrajes para caballerías. Por él la agricultura está en bancarrota. Yo he perdido la cosecha total de mis mangos, que me daban mis buenos catorce pesos al año, cuando los árboles, alejados de todo camino moderno, guardaban su fruto exclusivamente para mí: pero ahora que hay carretera y que pasó junto a mi potrero, y por ella vienen y van los automóviles, ni un solo mango recolecto; los tumban a pedradas los llamados *chaufferes* para que de balde se los coman esas gentes perniciosas a quienes, quizá por burla, les llaman los *turistas*. A tales inventos, tales personas."

En vísperas de unas elecciones municipales un chusco formó un padrón de apodos y lo fijó en las esquinas, junto a la candidatura correspondiente:

Presidente Municipal:
La Cierva.

Síndico Procurador:
El Becerro.*

Regidores:
La Culebra Negra.
El Piojo Blanco.
La Burra.
El Perico.
La Gallina.

Toda una fauna pintoresca que crece y se multiplica bajo la mirada complacida de José Ramos Velarde, nuevo Noé con cámara fotográfica, pero sin arca y sin diluvio.

NAVIDAD

Con el achaque de su nietos doña Praxeditas también se

* *El Becerro* soy yo.